

santo ni venerando, un intrigante que no reparaba en los medios que empleaba, un libertino sin vergüenza, un ambicioso sin conciencia ni honra. Así pintan sus contemporáneos á aquel hombre que ciertamente fué el diplomático mas sutil de su país, y llegó á ser no solamente primer ministro, sino también cardenal.

Una de las consecuencias mas importantes de la muerte de Luis XIV fué que la gran conspiración que los jacobitas ingleses y escoceses habían formado en el verano del año de 1715 con sus compatriotas emigrados en París, no obtuvo ya el auxilio declarado del gobierno francés, tan indispensable para el buen éxito de su empresa, y que muy probablemente les habría concedido Luis á haber vivido mas, á fin de expulsar de Inglaterra la dinastía protestante de Hanover, y fortificar su dominio sobre la Gran Bretaña por medio del rey católico Jacobo III, como la había dominado antes por medio de Carlos II y Jacobo II. La sublevación preparada en aquel país ni siquiera estalló, porque el que debió aplicar la mecha, el duque de Ormond, huyó en el momento convenido cuando supo que el golpe de Estado del 2 de setiembre había barrido de un golpe todo el ministerio francés al cual lord Bolingbroke había ganado á la causa del pretendiente. La escuadra que para este último estaba ya reunida y preparada en el Havre fué disuelta por el regente á consecuencia de las reclamaciones de lord Stair, embajador inglés en París. Después cuando lord Mar levantó á principios del mismo mes de setiembre en Escocia el estandarte de la insurrección, no estaba á mano el pretendiente, ni tampoco llegó cuando los montañeses escoceses penetraron en el Norte de Inglaterra y le proclamaron soberano legítimo de los tres reinos. Cuando por fin desembarcó en 22 de diciembre en Peterhead, ya se habían perdido la plaza de Preston y la acción cerca de Sheriffmucir; la hueste escocesa estaba en retirada y se iba disolviendo. Cuando hizo en 6 de enero de 1716 su solemne entrada en Dundee, no llevaba ni fondos, ni soldados, ni armamento, y además encontró á sus partidarios en una situación capaz de desesperar á un carácter mas decidido y enérgico que el suyo. El resultado fué que en 4 de febrero se escurrió de entre sus desesperanzados partidarios y se concluyó todo.

El pretendiente á su regreso á Francia desembarcó en Gravelingen, y á fin de asegurarse en este país un refugio solicitó una entrevista con el regente; pero en vano; el regente abandonó por completo su causa á consecuencia de la reclamación terminante y enérgica de lord Stair; felicitó al rey Jorge con motivo de haber vencido la sublevación, y le anunció con la partida del pretendiente, que estaba dispuesto á tomar de comun acuerdo con el gobierno inglés las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad y seguridad de Inglaterra. Esta carta, redactada por el abate Dubois, fué el anuncio de una revolución completa en la política extranjera del gobierno francés, y de la fraternización del regente con los enemigos mortales de Luis XIV.

En junio de 1716 partió el abate Dubois con una misión secreta para el Haya, á fin de encontrar allí al rey Jorge á su paso por Holanda en su viaje á Hanover. En 5 de julio llegó al Haya el abate, bajo el nombre supuesto de Saint Albain y vestido de caballero holandés que viajaba para comprar cuadros y libros, y se alojó en una hostería llena de viajeros alemanes. Allí logró, después de varias aventuras, despejar el misterio en que el rey había envuelto su viaje al continente y á su país hereditario en Alemania. Supo que en 20 de julio había desembarcado con su acompañamiento en Maassluis; al día siguiente ya había celebrado el abate emisario una entrevista con lord Stanhope, y á la tercera tuvo ya en el bolsillo un proyecto de convenio que llevó sin dilación á

París, para volver ocho días después al Haya con poderes en regla. En esta nueva calidad de agente acreditado de su gobierno siguió al rey hasta Hanover, donde después de interminables conferencias llegó á concertar y firmar en 10 de octubre un tratado de alianza entre Francia é Inglaterra; y en 4 de enero del año siguiente (1717) realizó en el Haya otro convenio por el cual los Estados Generales de Holanda se agregaron al tratado franco-inglés. Esta obra es conocida por la Triple-Alianza.

Era esta alianza enteramente opuesta á la opinión pública que la guerra universal por la sucesión española había creado en los tres países interesados. Lord Stanhope dijo sobre esto á Dubois: «Espero hacer perder á los ingleses la costumbre de considerar á los franceses como sus enemigos naturales.» El mismo Stanhope era personalmente admirador del genio francés, que en aquellos tiempos significaba, instrucción y finos modales, y cuyos atractivos pudo y supo hacer valer muy bien el ladino abate, maestro en todas estas artes. Stanhope tampoco desconoció, como buen político que era, la importantísima ventaja que resultaba para la dinastía hanoveriana por el solo hecho de la separación entre Francia y España, cabalmente en el momento en que este país soñaba con nuevas grandezas y guerras; pero como ministro inglés tenía que contar con la opinión pública de su país, personificada en un parlamento soberano.

Así fué que Dubois aprendió á conocer en sus conferencias con los ministros ingleses en Hanover una potencia de la cual no había tenido hasta entonces la menor noticia, descubriendo el gran temor que los ministros aquellos tenían al parlamento. Con ninguno habló que no le dijese que al autorizar este tratado arriesgaba su vida y hacienda. En una de sus cartas escribió sobre este particular: «Los ingleses llevan sus escrúpulos y su terror tan léjos, que hasta se niegan á enmendar una falta ortográfica por temor de que al cabo de diez años el parlamento pudiera formarles todavía una causa criminal. Este sentimiento los domina tan por completo, que nada es capaz de tranquilizarlos; y me han contado casos positivos de este terror que podrían servir muy bien de motivo para una comedia.»

Dubois por su parte tenía en su contra el partido español en el gobierno francés, capitaneado por el mariscal D'Huxelles presidente del consejo de negocios extranjeros, y auxiliado como instrumento de este partido en el extranjero por Chreteauneuf, embajador de Francia en el Haya. Ambos trabajaron con todas sus fuerzas contra una empresa que era imposible ocultarles. Dubois naturalmente conoció también sus maquinaciones y se quejó al regente, escribiendo á su confidente: «¿No es indigno que en el momento en que realizo lo único que puede asegurar la paz á nuestro país, y hacer invulnerable al duque de Orleans, cuando tengo toda la Europa persiguiéndome ansiosa de quitarnos tan inesperada dicha, me hayan de venir los obstáculos de Francia, y de algunos servidores del príncipe? En adelante, si cuaja algun negocio nuestro en el extranjero, lo consideraré un milagro mayor que los de San Antonio de Padua.» Ciertamente lo que Dubois trataba de realizar estaba en oposición abierta con la política nacional francesa creada por Luis XIV, y todo aquello en que cedió, pareció á los partidarios de la rutina tributo y sacrificio que imponía á la Francia para procurar al regente en Inglaterra el apoyo que le faltaba en su propio país. Este tributo ó sacrificio consistía en la obligación que se imponía la Francia de no auxiliar ya jamás, ni en manera alguna á Jacobo III; de arrojarle de Aviñon donde había encontrado un asilo, y de obligarle á ir á vivir al otro lado de los Alpes; de destruir completamente el puerto de Dunquerque y los trabajos del puerto de Mardyke

destinado á suplir á aquel, con la autorización á favor de Inglaterra y Holanda de enviar allí encargados especiales para convencerse en los sitios mismos de la exacta ejecución de estas operaciones, conforme hicieron estas dos potencias. En cambio reconocieron nuevamente los derechos de sucesión al trono de Francia á favor del duque de Orleans en caso de muerte de Luis XV antes de tener sucesión directa; en segundo lugar aseguraron á la Francia su auxilio armado en caso de una guerra extranjera, á saber: Inglaterra daría 10,000 hombres y la Holanda 5,000, mientras la Francia en cambio quedaba obligada á contribuir en caso necesario con un cuerpo de 10,000 hombres á la defensa de la dinastía protestante en Inglaterra (1).

Cuando este tratado hubo recibido en 4 de enero la firma del gobierno de Holanda, ó sea de los Estados Generales, escribió Dubois al regente con las palabras siguientes: «Al fin está firmada la triple alianza, y lo que aumenta singularmente mi satisfacción es que ha sido aprobada unánimemente por los delegados de todas las provincias; de suerte que ahora V. A. está ya libre de toda dependencia, y yo lo estoy de mis cuidados.» Estas palabras sirven todavía hoy de argumento á los franceses para probar que fuera del regente y de su emisario nadie mas tenía en Francia motivos para alegrarse de este resultado; pero olvidan que con este tratado se aseguró la Francia la paz que le era absolutamente necesaria, pues que la política de España, de la cual se separaba con este convenio, iba directa y públicamente provocando una guerra universal.

#### IV.—LA ESPAÑA BAJO EL DOMINIO DE ISABEL DE PARMA Y DE ALBERONI (1714-1719 y 1720) (2)

En 14 de febrero de 1714 había perdido el rey Felipe V de España á su esposa María Luisa de Saboya, compañera fiel de sus años de prueba y de guerra. La primera dama de honor de la corte, la princesa los Ursinos, mujer ya de setenta y tres años, habiase encargado á la muerte de la reina de la educación de los tres pequeños infantes y de la dirección del rey que á pesar de sus 32 años necesitaba igual tutela que sus hijos. El desconsolado viudo había dejado el Buen Retiro donde había fallecido su esposa el mismo día de su muerte, y retirándose al palacio del duque de Medinaceli, mientras la princesa se alojó con los infantes en el convento contiguo. A fin de poder, según ella decía, llorar con el rey la pérdida de su esposa sin ser molestada, mandó practicar en ambos edificios una abertura y los unió por medio de un pasillo secreto, pero no tan secreto que no corriera luego la voz de que la princesa quería casarse con el rey viudo para ser reina de España de nombre como lo era de hecho. Supo el rey estas habillitas por su confesor y las comunicó á la princesa diciéndole: «Búsqueme V. una esposa; nuestras entrevistas confidenciales dan que hablar á la gente.»

Apenas se supo que la princesa buscaba una esposa para el rey, cuando acudió el abate Alberoni, que á la sazón había en Madrid las veces de representante del duque de Parma por ausencia del titular. Era este Alberoni un protegido

(1) Consultense: GARDEN, *Histoire générale des traités de paix*, tomo III, pág. 11 y siguientes.—AUBERTIN, *L'esprit public du XVIII<sup>e</sup> siècle*, 2.<sup>a</sup> edición. París 1873, pág. 68. Esta obra aprovecha la correspondencia inédita del abate Dubois.

(2) COSE, *Memoirs of the Kings of Spain of the house of Bourbon from the accession of Philip V to the death of Charles III, 1700-1788, drawn from original and unpublished documents*. Londres 1813. *Cosew-Saint-Hilaire, Histoire d'Espagne depuis les premiers temps jusqu'à la mort de Ferdinand VII*. París 1879.

de la fortuna enteramente como Dubois. Hijo de un hortelano de las inmediaciones de Piacenza, había aprendido el oficio de su padre; pero á la edad de catorce años (había nacido el 21 de mayo de 1664) encontró una colocación en la catedral de Piacenza como auxiliar del sacristan, y entonces ingresó en la escuela de los barnabitas, donde llamó la atención del vice-legado Barni de Rávena, que le tomó bajo su protección á causa de sus excelentes disposiciones para los estudios. Con esta protección pasó Alberoni, abate ya y muy joven todavía, á Roma, donde aprendió el idioma francés; de modo, que durante la guerra de sucesión pudo servir



El Cardenal Alberoni. Copia del grabado de G. P. Busch. *Leyenda*: El retrato verdadero y no falso del Cardenal Alberoni

al duque de Parma de intérprete en este idioma, y cuando llegó allí el duque de Vandoma prestó grandes servicios á uno y otro. Supo entonces ganarse la voluntad de ambos; pero muy especialmente del duque de Vandoma, con su ingenio, discreción, agudeza, flexibilidad y universalidad de conocimientos, hasta en el arte y práctica de cocina, tanto que acabó por ser indispensable al general francés. Fué con él en el año 1706 á París y en 1711 á España, donde recibió del duque de Parma, á la muerte de su protector, el título y categoría de conde juntamente con el nombramiento de su agente consular en Madrid. Allí conoció al momento que la unión íntima con la inquisición era el camino mas seguro de hacer fortuna y de conservarla, y que la protección de este instituto valía mas que la de todos los reyes y ministros que desaparecían de la escena por muerte ú otras causas, mientras la inquisición no moría ni cambiaba. Cuando dijo á la

tranjero; los calafates, las velas, la madera y las jarcias venían de Holanda. Pues bien, Alberoni logró construir en España en el transcurso de un año 14 navíos de línea, á saber 3 en Cataluña y 11 en Vizcaya. También sacó de España las jarcias, velas, maderas y mástiles. En Galicia restableció la fabricación de lonas y de velámenes que había muerto hacia ya 30 años; en Cataluña y Andalucía introdujo la industria cordelera que excitó á su vez al pueblo á dedicarse al cultivo del cáñamo en gran escala; los palos y masteleros se sacaron de los bosques inmediatos á los Pirineos, y cuando Alberoni salió desterrado de España, había 800 mástiles para buques, almacenados en el puerto de los Alfaques cerca de Tortosa. América volvió á ser para los españoles casi un país descubierto de nuevo, porque antes, cuando el rey quería pasar allí una órden ó recibir noticias urgentes, tenía que contratar á precios crecidísimos buques extranjeros; sin contar que todo el Nuevo Mundo estaba explotado por comerciantes extranjeros que habían organizado allí el contrabando en vasta escala. Para acabar con tan graves inconvenientes, mandó Alberoni construir sin tardanza 8 avisos, con los cuales estableció un servicio de correos regular entre España y sus Indias, y 4 poderosos buques de guerra para perseguir el contrabando, conforme hicieron con grandísimo éxito. Mas sorprendente que todo esto fué sin embargo la súbita resurrección de las fuerzas defensivas del país, obra también de Alberoni.

España se hallaba tan desprovista de artillería, que una plaza tan importante como Pamplona, una de las puertas principales del país, solo había 14 cañones parte de bronce y parte de hierro de diferente calibre y sin ninguna municion.

Alberoni estableció en seguida cuatro fundiciones reales, que trabajaron tres años con tanto ahinco gracias á las cantidades enormes de metal que el ministro hizo venir de Holanda, que Pamplona pudo recibir muy pronto 130 piezas de bronce amén de un gran número de morteros, y así en proporción de su importancia todas las fortalezas del país, sin contar el gran número que despues se emplearon en las islas de Cerdeña y Sicilia. En Vizcaya resucitó las fábricas, destruidas desde mucho tiempo, de fusiles y piezas de artillería de hierro, y fundó otras dos nuevas, una á cinco leguas de Madrid y otra en Barcelona, y todo esto, cosa mas admirable, sin empréstitos ni aumento de contribuciones, sola y exclusivamente con prudentes economías en todos los ramos del servicio, y con el empleo racional y acertado de las rentas del Estado. Hasta llegó á rebajar varios de los impuestos mas opresores, como hizo en Aragon, Valencia y Cataluña, porque dijo: «España es un cuerpo grande, cuando encuentra una cabeza.»

Es posible que Alberoni exagerase los números, pero también es cierto que las fuerzas marítimas y terrestres que supo sacar como con una vara mágica de un país al parecer completamente exhausto, excitaron general asombro en toda Europa por ser obra de una sola persona, y ejecutada en un país como España; y cuando Alberoni hizo armar una gran escuadra en el puerto de Barcelona y el fragor de las armas resonó súbitamente en todos los ámbitos del país, donde hasta entonces había reinado el silencio de la muerte, excitó la atención de todas las cortes de Europa. Evidentemente en la parte occidental del Mediterráneo se preparaban grandes sucesos, mientras de la parte oriental se enseñoreaban los turcos desde fines del año 1714 como un huracán desencadenado.

En el curso del año 1715 habían arrancado los turcos á los impotentes venecianos la Morea y las islas de Tina, Cerigo y Candia; al año siguiente cercaron con su escuadra la isla de Corfú, defendida brillantemente por 18,000 soldados

mercenarios alemanes, acaudillados por el general Schulenburg, y que finalmente fué salvada para Venecia, cuando el príncipe Eugenio destrozó completamente en 5 de agosto de 1716 todo el ejército turco cerca de Peterwardein. Aprovechó Alberoni el terror que los progresos de los turcos sembraron en todos los países del Mediterráneo para arrancar en julio de 1717 su promoción al cardenalato al aterrorizado Papa Clemente XI, que hasta entonces se había negado constantemente á concederle el capelo. Alberoni le prometió en cambio enviar contra los turcos la escuadra de guerra española y «anonadar» á todos los enemigos del nombre de Cristo. La verdad era que jamás pensó en una cruzada contra los infieles. Su escuadra estaba destinada contra el emperador, el tirano de Italia, y cuanto mas duraba la guerra de los turcos, mejor era para los proyectos del nuevo cardenal.

En agosto de 1717 zarpó de Barcelona la escuadra compuesta de 12 buques de alto bordo y 100 trasportes con 8,600 hombres de desembarco sin que nadie supiese á donde iba dirigida hasta que se despejó el misterio en 22 del mismo mes con el desembarco de las fuerzas en Cagliari. En tres meses las armas españolas reconquistaron la isla de Cerdeña no sin grandes luchas. Dejaron allí 5,000 hombres de guarnición y la escuadra regresó á Barcelona.

Semejante golpe dado en medio de la paz y á la faz de los conocidísimos tratados que colocaban la Italia bajo la protección de las grandes potencias, y las posesiones del emperador bajo la especial de Inglaterra, no podía hacerse pasar por un acto de represalias por el insulto, á la verdad grosero, que las autoridades imperiales habían hecho al rey de España, prendiendo como súbditos rebeldes al pretendiente «Cárlos III rey de España» como seguía llamándose todavía el emperador, al inquisidor general que regresando de Roma quiso pasar por el Milanesado sin salvoconducto imperial. No podía aducirse este ultraje como motivo de la invasión, y así lo consideró Alberoni porque ni siquiera lo mencionó cuando el gobierno inglés pidió explicaciones en nombre de la triple alianza, contentándose con decir que la monarquía española, tan despreciada y de la cual se creía que no podía poner ya ni siquiera una barra de pesca al mar, estaba resuelta á ocupar otra vez su puesto entre las grandes potencias porque se sentía con fuerzas para ello. La Italia, añadió, debía ser arrancada de las manos de los alemanes bárbaros, y toda la Europa debía cooperar á este fin. «¿Créese por ventura, dijo un día, que al rey importan lo mas mínimo Parma, Piacenza ni siquiera Toscana? Semejantes lugarejos no merecen acupar la atención del rey Católico. Lo que pide es una nueva base para el equilibrio europeo, que es incompatible con el dominio del emperador en Italia. Habéis hecho una larga guerra para restablecer el equilibrio, y con la paz de Utrecht habéis dejado en la mano del emperador el medio de turbar la paz del continente cuando quisiere.» Entró en negociaciones para un arreglo con el emperador, pero solo en apariencia, mientras activaba muy seriamente nuevos y grandiosos armamentos, y trabajos de zapa en toda la Europa. Quería organizar una coalición que impulsara contra los gobiernos que le eran mas temibles á sus enemigos mortales, á saber: á los turcos y húngaros contra el emperador Cárlos VI; y contra Jorge I á los jacobitas, á los cuales prometió ayudar á un desembarco de fuerzas rusas y suecas en Escocia. En cuanto al regente de Francia urdió contra él una conspiración cuyos hilos iban todos á parar á la embajada española en París. Todos estos trabajos fueron impulsados simultáneamente con una actividad asombrosa y con el arrojo temerario del jugador, que cuanto mas pierde mas se ciega é inflama.

Había reunido y armado una nueva escuadra en Cádiz, que debía eclipsar hasta á la gran armada de Felipe II, pero cuyo destino era tan ignorado como el de la escuadra del año anterior que había salido del puerto de Barcelona. Al zarpar de Cádiz constaba la nueva escuadra de 29 buques de guerra, y cuando llegó á Sicilia, á donde iba destinada, tenía segun los datos de Alberoni 400 velas con 55,000 hombres, de los cuales 35,000 eran veteranos escogidos, 700 caballos, 100 piezas de á 24, 30 piezas de campaña de un calibre menor, gran número de morteros, municiones de boca y de guerra para algunos meses, 20,000 fusiles para armar la gente del país y un millon en dinero.

El imponente armamento en Cádiz, y la noticia de que la escuadra se dirigía á Barcelona hicieron que el emperador Cárlos VI por una parte y la triple alianza por otra se unieran para la redacción de un tratado de paz, en el cual ambas partes hacían sacrificios para contentar á la España; pero Alberoni, antes que recibiese la comunicacion oficial del programa, cuyo contenido sabia confidencialmente, mandó la escuadra á Cagliari y de allí á Sicilia donde ancló en la bahía de Solanto, á cuatro horas de Palermo; y en 1.º de julio 1718 desembarcaron los veteranos españoles en aquellas playas. Tomaron la ciudad de Palermo, y luego hubo de rendirsele también la ciudadela. La conquista de toda la isla parecía asegurada atendidas las disposiciones de los habitantes y visto el reducido número de los piemonteses que allí habían quedado.

Mas cabalmente trocaronse por entonces las circunstancias políticas favorables á los españoles en el Mediterráneo. En 21 de julio firmaron los turcos la paz con el emperador en el congreso de Pasarowitz despues de seis meses de deliberaciones vanas y de derrotas completas como las de Peterwardein en 5 de agosto de 1716, y de Belgrado en 16 de agosto de 1717, de modo que España ya no pudo contar con la cooperación indirecta de los turcos ni de los húngaros.

A consecuencia de esta paz, lord Stanhope, el abate Du Bois y el baron de Pentenrieder en nombre de sus respectivos países Inglaterra, Francia y Austria, suponiendo segura la adhesión de la Holanda, pudieron firmar en 2 de agosto un convenio cuyas resoluciones debían dar mas autoridad y fuerza á la escuadra inglesa que se trató de enviar en seguida á las aguas de Italia. Este convenio es conocido por el de la cuádruple-alianza.

En 12 de agosto llegó lord Stanhope á Madrid para presentar al cardenal Alberoni el ultimatum de las potencias aliadas, que por cierto merecía ser meditado seriamente. En estas proposiciones renunciaba el emperador á sus derechos sobre España y sus Indias, y trocaba con el duque de Saboya la Cerdeña por la Sicilia. De España se exigía la renuncia de sus antiguas posesiones en Italia y los Países Bajos, mientras los aliados reconocían al infante don Cárlos como heredero de los tronos de Parma y de Toscana, amén del ofrecimiento verbal que hizo Stanhope, de la restitución de Gibraltar en cambio probablemente de otras concesiones que hoy se ignoran.

Semejantes proposiciones solo pudieran haber sido rechazadas por Alberoni si hubiese estado enteramente seguro de derrocar al rey Jorge de Inglaterra y al regente de Francia tan pronto como estuviesen á punto las minas que había preparado. En efecto, tan seguro debió de estar del buen resultado de sus trabajos de zapa, que desde muchos meses antes irritaba á los embajadores de Inglaterra y Francia con su intemperante y ruidoso orgullo; llamando obra de satanas el tratado de Utrecht, horrible aborto al proyecto del convenio hecho en Londres, y diciendo que el rey de España estaba en su derecho no permitiendo que se le maltratara

como si fuese alemán ó una figura de yeso. Al saber la llegada de Stanhope exclamó fuera de sí de rabia: «Primero guerra perpétua que consentir en semejante paz;» y cuando el residente inglés le entregó la lista de los buques de guerra que su gobierno enviaba al Mediterráneo, se la arrancó de las manos, la hizo pedazos y se los arrojó á los piés. Lord Stanhope encontró una recepción mas atenta, pero contestación sería ninguna; y hubo de marcharse sin haber obtenido resultado, llevándose sin embargo una impresión profunda de los milagros que el cardenal Alberoni había realizado en el país, desconocido enteramente para Stanhope que lo había visto en dos épocas, reinando Cárlos II y en la guerra de sucesión; y siendo en ambas la imagen de la miseria mas abyecta.

Entre tanto había penetrado en el Mediterráneo la escuadra inglesa á las órdenes del almirante Byng, que atacó en 11 de agosto á la española cerca del cabo de Pésaro y la destrozó completamente despues de un corto combate. Este golpe fué seguido de otros casi sin interrupción. Alberoni había esperado que la tempestad del Norte descargaría sus rayos destructores sobre aquella parte de Europa; pero en 11 de diciembre Cárlos XII de Suecia murió delante de Friedrichshall y ya no había que pensar en una invasión sueco-rusa en Inglaterra. Al mismo tiempo se descubrió en París la gran conspiración del embajador español Cellamare; los culpables fueron castigados y reducidos á no poder hacer daño, y el regente, siguiendo el ejemplo de la Inglaterra, declaró á España la guerra en 12 de enero de 1719. En marzo del mismo año quedó destruida por el temporal en el golfo de Vizcaya otra escuadra española que debía llevar al pretendiente Jacobo á Inglaterra, y un ejército francés mandado por el mariscal de Berwick penetró en abril en la península mal defendida por veteranos cargados de años y quintos imberbes, porque el grueso de las fuerzas se hallaba en Sicilia. Quemaron los franceses todos los buques y materiales de construcción que el gobierno tenía en los puertos de Passages y Santoña, sin que tuviera esta campaña otro resultado notable, despues de conducirse por ambos lados muchos meses en la falda de los Pirineos del modo mas flojo y lamentable; pero los ministros ingleses pudieron declarar en el parlamento, como por su parte declaró también Berwick al regente, que nada se había omitido para disminuir en todo lo posible la marina española. Había basado Alberoni grandes planes sobre una sublevación general de la nobleza bretona, pero esta abortó miserablemente antes que la última escuadra española llegara á las costas de Bretaña.

En tal estado las cosas, quiso Alberoni dividir la coalición de sus enemigos tratando con cada potencia por separado; pero los aliados pidieron como condicion prévia para entrar en tratos el alejamiento del mas peligroso de todos los ministros; y en 5 de diciembre de 1719 el cardenal recibió efectivamente órden del rey de salir de Madrid en el plazo de ocho días, y del país en el de tres semanas. En 17 de febrero del año 1720 firmó el embajador español en Holanda el tratado de Londres. El emperador recibió la Sicilia, el duque de Saboya fué declarado rey de Cerdeña, y los hijos de la reina Isabel de España fueron reconocidos por sucesores en los tronos de Parma y de Toscana; exactamente lo que se había ofrecido al gobierno español antes de hacer la guerra que le costó su marina y su ejército apenas creados.

#### V.—JUAN LAW Y SU SISTEMA (1716-1720) (I)

Los 82 millones que el regente gastó en la guerra contra

(1) Obras para consultar: FORBONNAIS, *Recherches et considérations sur les finances de France depuis l'année 1595 jusqu'à l'année 1721*. Ba-

princesa de los Ursinos que él sabía lo que buscaba y dónde lo podría encontrar, lo hizo previo acuerdo con el inquisidor general que odiaba á esta mujer de muerte. «Sé, dijo á la princesa, lo que le conviene á Vd.: una jóven de genio humilde, manso, y que no se mezcle en los asuntos del gobierno del Estado. De esta clase es la princesa Isabel de Parma, bondadosa, gorda, habituada á la vida sedentaria en su cuarto, criada con manteca y queso, que fuera de sus agujas y bordados no entienda de nada, y que es justamente adecuada á las circunstancias. Le será á Vd. fácil adiestrarla en la gravedad española, y como primera dama de honor la tendrá Vd. bajo su dominio y apartada de las intrigas y distracciones de la corte.» No era esta descripción el retrato de la princesa de Parma; pero correspondía al ideal secreto y al gusto de la princesa de los Ursinos, la cual dando crédito á Alberoni le encargó de las negociaciones diplomáticas necesarias, que dieron el deseado resultado, quedando fijado el día 16 de agosto para la celebracion del matrimonio en Parma. Poco menos que á última hora descubrió la princesa que había sido víctima de un engaño; pero ya era tarde. En 8 de agosto despachó una persona de su confianza á Parma para anularlo todo. Llegó efectivamente este enviado en tiempo hábil; pero el anciano duque de Parma le sobornó para que no diera ningun paso oficial en cumplimiento de su encargo. La princesa Isabel Farnesio se casó por poderes con el rey de España y su primera correspondencia con su esposo tuvo por objeto la ruina de la organizadora de su matrimonio. «Solo una cosa pido, escribió á Felipe V, el despidio de la princesa de los Ursinos. Déme V. M. pleno poder en esto, porque toda nuestra dicha depende de ello.» La contestacion del rey fué: «Por lo ménos no erreis el golpe, porque si la veis solo dos horas, quedareis encantada, y adios nuestra felicidad matrimonial!» La reina resistió á la vieja encantadora; su primer acto en territorio español fué hacer prender por dos oficiales de la guardia real á la anciana señora que había salido á recibirla hasta Guadalajara (1) para presentarle sus homenajes, y tal como había ido, en traje de etiqueta, la mandó meter en un coche y llevarla hasta la frontera francesa. El 23 de diciembre, en medio del invierno con un frio cruel, empezó el viaje y el 14 de enero llegó medio muerta de frio y de debilidad á San Juan de Luz, donde recobró su libertad.

Alberoni había regresado de Parma en compañía de la nueva reina; y como sabía que el rey Felipe necesitaba quien le dirigiera y gobernara, aconsejó á la reina que imitara en un todo el sistema de la princesa de los Ursinos; es decir, que tuviera al rey apartado de todo el mundo, sin aflojar el rigor de la vigilancia ni de día, ni de noche, y sin permitir que se le aproximase nadie, ni aun las personas mas indispensables de su servidumbre, de acostumbrarle á no trabajar con los ministros sino en su presencia, y en general, á que nada hiciese ni dispusiese no estando ella presente y con su beneplácito. Aceptó el consejo, y lo ejecutó á la letra, tan bien, que Saint Simon pudo decir que con esta astucia Alberoni los tuvo enjaulados á los dos, que á los dos dominó, sin que ninguna otra persona se acercara á ellos.

Era una desgracia para la España que no pudiera ya encontrar entre sus propios hijos las capacidades necesarias para atender, aunque solo fuese á los trabajos mas indispensables del gobierno; y que los extranjeros que la nueva dinastía llamó de Francia, Italia, Holanda y Austria para administrar la nacion tan increíblemente decaída y degenerada, solo considerasen sus funciones gubernativas como un medio de fomentar intereses distintos de los españoles.

(1) Hasta Jadraque.

(N. del T.)

Del italiano Alberoni puede decirse que en pocos años hizo cosas verdaderamente pasmosas en España para infiltrar nueva vida en la nacion degenerada casi hasta la imbecilidad por la pretension mas petulante, la ignorancia y la supersticion mas sandia, y para abrir de nuevo los manantiales de la prosperidad nacional cegados por siglos de mal gobierno. Grandemente le honra el odio que le profesaban los parásitos de la corte, sanguijuelas del pueblo, cuando los arrojó del suculento pasto donde se engreian tan placenteramente; y digno de eterna fama es el valor con que aquel clérigo, que ambicionaba el birrete cardenalicio, atacó la exencion de toda contribucion, que disfrutaba el clero español inviolable y omnipotente, y cuando llenó las almas devotas de santo horror, llamando de los países herejes los operarios que España no tenia para hacer en el país lo que hasta entonces se había hecho venir del extranjero. No podia haber empresa mas acertada que la de procurar aplicando todas las fuerzas, la formacion de una escuadra poderosa, porque el tesoro del reino estaba allende el Océano en las Antillas, en Méjico y en el Perú, y si se perdía el dominio del camino marítimo entre la vieja España y la nueva, dejándolo en poder de las marinas inglesa, francesa y holandesa, perdía tambien el país su poderío en Europa. Una cosa no vió Alberoni, á saber: la necesidad absoluta de la paz, sin la cual era imposible la regeneracion de España, obra ya por sí poco menos que imposible. Como no había entonces que temer ningun ataque por ningun lado, habria bastado para conservar y aprovechar la paz una política modesta, reducida en el interior á fomentar el trabajo, y en el extranjero á conservar relaciones amistosas y pacíficas, política semejante á la de Federico Guillermo I de Prusia, que preparó de esta suerte el engrandecimiento posterior de su país.

Mas no hizo esto el gobierno español; cabalmente era entonces la corte de Madrid un foco de proyectos ambiciosos y turbulentos, de intrigas codiciosas é insaciables, cuyos autores por cierto no tuvieron la culpa si á causa de España no se volvió á encender de nuevo una guerra general europea. El alma de esta política fueron la reina Isabel, y su brazo derecho Alberoni. Federico el Grande caracterizó á esta soberana con las palabras siguientes: «En el carácter de esta gran mujer se reflejaba el corazon soberbio de los romanos antiguos, la virilidad de los ingleses, la sutileza de los italianos y el fuego de los franceses; con arrojo temerario emprendia la ejecucion de sus designios; inquebrantable en sus resoluciones era incapaz de retroceder; nada la sorprendía ni podía detenerla.» Alberoni la calificó segun su modo cínico así: «La reina tiene el diablo en el cuerpo; si encuentra un buen general removerá y revolverá toda la Europa en confuso torbellino. Poco necesita para gobernar á su esposo, que si alguna vez se anima á decir en voz baja: «quiero ser amo yo» en el momento siguiente se apresura á obedecerla. Este hombre está contento cuando no le faltan el confesionario y los atractivos físicos de una mujer.» (2)

Esta reina alimentaba planes gigantescos; los ensueños vastos de un Luis XIV habían invadido su cerebro. Calculaba que Luis XV era un niño débil y enfermizo, con poca esperanza de vivir mucho; si moria, pertenecia, segun ella, su brillante herencia á su esposo el rey Felipe V de España, y entonces ya no había Pirineos. Poco le importaba que este mismo plan de la reunion de los dos reinos bajo un solo cetro hubiera provocado la mas terrible de todas las guerras de sucesion, ni que los dos tratados de Utrecht del 11 de abril y 13 de julio de 1713 hubieran estipulado la separacion

(2) La frase de Alberoni es mas cínica.

(N. del T.)

perpetua de las dos coronas, ni que los reyes de Francia y de España hubieran obtenido la paz solo merced á su renuncia absoluta de todo proyecto de reunion. Para ella todo lo que hacia el regente duque de Orleans desde el 2 de setiembre de 1715 en Francia, no era mas que una serie de extralimitaciones y actos brutales; y el auxilio, la amistad y las garantías que se había proporcionado el duque en el extranjero, para sostener su derecho de sucesion, y la formacion con este objeto de la triple alianza, no eran á sus ojos mas que crímenes que cometia contra los derechos de la corona de España. En 20 de enero de 1716 tuvo un hijo, el infante D. Carlos, al cual no tardó en agregarse un segundo llamado Felipe, y para colocar á los dos no le parecieron bastante España y Francia.

No estaba todavía hecha la paz entre España y el emperador Carlos VI. Este no quería reconocer á Felipe V por rey de España, y Felipe á su vez, ó sea Isabel, no quería conformarse con la pérdida de las antiguas provincias españolas en Italia: el Milanesado, la isla de Cerdeña, Nápoles y Sicilia. Calculaba la reina que su derecho de sucesion al trono de Parma le serviría de punto de apoyo para desde allí socavar con el concurso del duque de Saboya el dominio de la casa de Austria en Italia, y luego aplicar la palanca, y sacarla por lo pronto con fuerzas españolas de su asiento, á fin de que pudiera ceñirse las coronas reales de Nápoles y Sicilia su hijo mayor, y ser duque de Parma el segundo conforme despues sucedió en efecto.

Hay que suponer que Alberoni, que tenia sano criterio, si hubiese podido hacer prevalecer su opinion, no se habria arrojado tan ciegamente como lo hizo á la alta mar de la política de aventuras, y que solo obedeció en esto á la impetuosa de su ambicion soberana; mas por otro lado se ve que él mismo exageró su propia capacidad y poder, conforme lo prueban las razones que despues adujo en su justificacion, y de las cuales se ha de inferir que no cifró su ambicion en ser un gran estadista, sino solo en realizar determinadas empresas y proyectos ajenos. Al encargarse de la administracion dijo al rey Felipe: «Déme V. M. solo cuatro años de paz y yo le hago el monarca mas temido por tierra y por mar.» Había calculado, y se sintió capaz de conseguirlo, que podía construir, haciendo esfuerzos extremos, una poderosa escuadra, que luego bastó un día aciago para destruir; pero lo que no alcanzó á calcular fué que la mayor de las escuadras no bastaba ni con mucho á reconstruir un país que no tenia un miembro sano. En general todas sus creaciones y reformas se dirigian á un objeto único, á reunir á toda prisa el armamento para una gran guerra, y acometer luego las empresas proyectadas en Italia, empresas que impulsó Alberoni con un fanatismo que en nada cedia al de la reina Isabel.

A pesar de todo Alberoni, cuando despues meditó en el ostracismo sobre su pasado, tuvo derecho á recordar con orgullo el trabajo que había hecho en España, donde jamás rey ni ministro alguno había hecho cosa igual (1). Empezó su gobierno despidiendo á los parásitos tan innumerables como costosos é inútiles que bajo el nombre de guardias de corps vagaban ociosos por Madrid, sin que sirvieran para nada en la guerra; y tambien despidió á la cáfila insaciable de tesoreros, inspectores etc., que solo vivian del saqueo de los ingresos destinados al tesoro real. De toda la inmensa caterva solo conservó 4 tesoreros y 2 inspectores. En seguida reformó la administracion de justicia; dispuso que los tribu-

(1) Véase la *Lettre écrite à M. le marquis N. N. à Gènes par un prélat de Rome le 19 juillet 1721*, que se halla en la *Nouvelle biographie générale*, Paris 1862, tomo 1.º pag. 558 hasta 566. El autor anónimo de la citada carta es el mismo Alberoni.

nales y juzgados estuviesen abiertos al público tres horas por la mañana y otras tantas por la tarde. A los jueces dobló la paga que habían de cobrar en adelante del tesoro á fin de aminorar las prevaricaciones y cohechos. Para aclimatar en España las industrias que florecian en otros países hizo venir de un solo golpe 500 familias holandesas que desembarcaron con sus ajuares y útiles en Bilbao, desde donde fueron lleva-



Isabel de Parma, reina de España. Copia de un grabado de la misma época

das á Guadalajara y allí se montó con su concurso una fábrica real de paños, movida y alimentada por las aguas del Henares cuya corriente había hecho levantar Alberoni con grandísimos gastos. De los hospicios de Madrid envió un gran número de niños á la nueva fábrica para aprender las diferentes manipulaciones, como en efecto las aprendieron muy bien. De Inglaterra hizo venir buenos tintoreros, y con tanta gente volvió la vida donde antes reinaba la soledad, pudiendo decir: «hoy día va vestida la tropa del rey de paños fabricados en España, mientras antes se compraban en el extranjero.» Las sumas que con estos objetos salian antes del país importaban cuatro veces mas de lo que entonces se gastó en ello. Por la mediacion del baron de Ripperdá, entonces embajador de Holanda en Madrid, y despues sucesor de Alberoni en el gobierno de España, introdujo este en Madrid operarios holandeses para la fabricacion de lienzos, mantelería y otros tejidos, é hizo enseñar á 400 monjas españolas á hilar la lana como se hacia en Holanda, lo cual aprendieron perfectamente.

En Cádiz empezó la construccion de un puerto de primera clase con sus almacenes, maestranzas, arsenales y demás dependencias y accesorios. Fundó allí mismo una escuela de náutica en la cual debian aprender en toda su perfeccion 400 jóvenes nobles todo lo referente á la marina de guerra, para poder mandar luego los buques de la armada sin auxilio de extranjeros. La construccion naval ya no existia entonces en España; sus buques eran alquilados ó comprados en el ex-